

Por Francisco AMORES

EL ENCUADERNADOR GALVÁN

LA ENCUADERNACION INDUSTRIAL HA EXPERIMENTADO UN AVANCE MUY NOTABLE; NO ASI LA ARTISTICA, YA QUE SE SIGUE TRABAJANDO COMO EN PASADOS SIGLOS



En ocasiones se han empleado materiales exóticos e innobles; el marqués de Sade hizo encuadernar su libro «Justine» en piel humana femenina

EN su libro «El arte de la encuadernación», Miquel y Planas escribe esto, que creo es acertadísimo: «Parodiando la frase de aquel maestro de baile que se condolía de ser tan pocos los capaces de imaginarse las muchas cosas que contiene un rigodón bien bailado, podríamos decir nosotros que no serán muchos tampoco los que aprecian debidamente las perfecciones que cabe exigir en una perfecta encuadernación. En ésta, además de la calidad excelente de los materiales y su acertada combinación, han debido concurrir dos factores indispensables: las manos de un operario montador, sumamente hábil, y el trabajo pulquérrimo de un decorador (el dorador, así llamado), conocedor perfecto de los estilos y disponiendo de un utillaje lo más completo posible para interpretarlos. La dificultad de reunir este conjunto de elementos ha sido reconocida en todas las épocas por los grandes bibliófilos».

Bien, señores. El periodista —lo digo por enésima vez— se encuentra aquí junto a un encuadernador sevillano-gaditano, en el que concurren los dos factores indispensables de que se hablaba anteriormente. Don José Galván es el perfecto artífice, el hombre de la obra bien hecha. El dice que no, que no es para tanto. Pero, por cualquier lado, la confirmación toma cuerpo y se agiganta.

—Señor Galván: ¿Ha influido mucho en su profesión el avance técnico?

—Sí, señor; la encuadernación industrial o de serie ha experimentado un avance muy notable, tanto en el logro de nuevos materiales como en la rapidez de ejecución; no así la artística, pues el encuadernador de hoy trabaja con los mismos elementos, pinceles, oro y los clásicos hierros (ruedas, paletas y florones), contados por cientos, que utilizaron en pasados siglos los que fueron maestros en nuestro arte. En ocasiones, y llevados del deseo de originalidad, se han empleado materiales exóticos e innobles, llegando a verdaderas exageraciones, como el marqués de Sade, que hizo encuadernar su libro «Justine» en piel humana femenina.

—Pasemos a otra cosa, don José: ¿Qué es lo que más se encuaderna?

—Pues, además de los libros de arte, en más o menos buenas condiciones, realizamos con alguna frecuencia los libros de firmas, denominados «de oro», muy en uso entre familias, corporaciones, centros oficiales, empresas, etc. Recientemente hemos realizado el libro de firmas del «Chateau d'Anet», de París, así como el «Libro de honor» del Ayuntamiento de Cádiz y otro para el Museo Histórico Municipal, con decoración de estilo imperio, como corresponde a la mayoría de los objetos que allí se exponen; últimamente ha sido admirado y merecido la atención de don Joaquín Entrambasaguas, en reciente visita a esta capital, con motivo del CL aniversario del nacimiento de Adolfo de Castro, gran polígrafo gaditano. Hace poco, también confeccionamos los libros de firma para el Instituto Territorial de la Higiene y Seguridad en el Trabajo de Sevilla; otro para el Centro Cultural de la Caja de Ahorros; otro más para el «Juan Sebastián Elcano», etc., etc. Ahora mismo tenemos el encargo de la marquesa de Varela de un libro de firmas para su Casa-museo.

—Tarea, mucha tarea. ¿Está bien pagada?

—El encuadernador de arte no cobra por el valor artístico de las obras o por la inspiración, ya que esto no tiene precio ni medida.

—¿Entonces?

—Sólo lo hace por los días, semanas o meses invertidos.

—Sin embargo, he oído decir que la encuadernación es cara.

—Esa es opinión de unos pocos.

—¿Qué responde usted, señor Galván?

—Que es un lamentable error. El trabajo del artista encuadernador rara vez es recompensado como merece, dirigiendo siempre parte de sus afanes hacia un reconocimiento espiritual. ¡Cuántos libros raros, cuántos ejemplares selectos, envejecen y se destruyen por no haber sido dotados y salvados a tiempo con una encuadernación. La buena encuadernación —es preciso repetir esto muchas veces— resalta la importancia que debemos dar a un buen libro y el aprecio que merece; es una recompensa justa al provecho y placer de su lectura. Encuadernar convenientemente un libro no es un gasto superfluo: es la forma única de conservar un ejemplar valioso, una edición rara, un manuscrito único. Con una artística encuadernación, revalorizamos la buena edición, perpetuando el pensamiento cristalizado en sus bellas páginas.

—Usted, señor Galván, ha realizado encuadernaciones llamadas «de altura», de categoría excepcional. ¿Hablará de ellas?

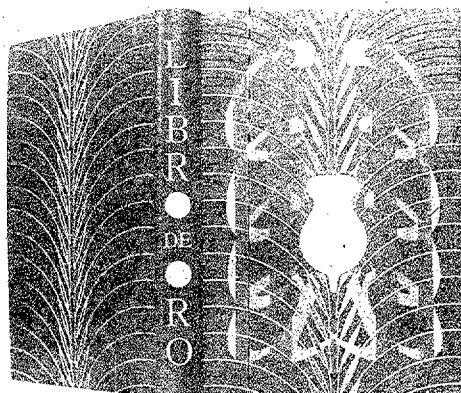
—La enumeración y descripción de las mismas sería muy extensa.

—Pues si usted resume...

—Bien; deseo complacerle.

—Gracias; adelante.

—Recuerdo con satisfacción unos grandes ejemplares —«Des oiseaux de Paradis», de Lavoillant—, traídos expresamente de París a nuestro taller para el lavado de sus láminas y posterior encuadernación. Pertenece a la biblioteca del «Chateau d'Anet», construido por Enrique IV, Rey de Francia, para su favorita Diana de Poitiers, gran aficionada y protectora de nuestro arte. Otros ejemplares, suscritos a nombre de Napoleón, han pasado por nuestras manos. Recientemente he encuadernado un libro que ha merecido los más cálidos elogios por parte de la crítica de nuestro país, así como de la extranjera. Fue por encargo del doctor Aznares. Se trató de vestir un ejemplar único de composiciones poéticas dedicadas a su esposa. Y reciente



Encuadernación original de estilo moderno, con dorados y mosaicos.